

PALABRAS DEL EXPRESIDENTE LIBERAL ERNESTO SAMPER PIZANO
EN EL CONGRESO DEL PARTIDO LIBERAL.
BOGOTÁ, DICIEMBRE 12-13 DE 2009.

Regreso a la gran casa roja del Partido Liberal con la emoción que produce reencontrarse, después de varios años, con la gente de la propia tribu. En el liberalismo siempre he jugado de local. Aquí tomé mis primeras lecciones de tolerancia y aprendí que un orden sin libertad y una libertad sin justicia social no valen la pena. Supe también que los liberales son críticos, rebeldes, inconformes, irreverentes y hasta mamagallistas.

Asisto a este Congreso con esa alegría pero también con una preocupación sentida. Digamos la verdad. El liberalismo ha venido perdiendo en los últimos años espacios electorales, ideológicos y políticos. Ya no somos, aunque nos duela, el Partido de las mayorías; en las últimas elecciones presidenciales quedamos en una dolorosa tercera casilla; no hay alcaldes liberales en las principales ciudades capitales y nuestra fuerza parlamentaria, que se ha comportado vigorosamente en el Congreso gracias a los buenos oficios del Presidente Gaviria, es, infortunadamente, una minoría. Vivimos tiempos difíciles. El liberalismo tiene que hacer una severa reflexión autocrítica si quiere llegar a liderar, como lo propuso Rafael Pardo ayer, una nueva mayoría progresista. Se trata de un empeño difícil pero no imposible.

Utilizando la figura de la consulta popular, el Partido ha escogido a Rafael Pardo como su próximo candidato presidencial: enhorabuena. Pardo representa el justo balance entre la preparación académica y el conocimiento del manejo del Estado que el país necesita. Sus posiciones a favor de la justicia social, de la salida política del conflicto armado y en contra de los enclaves militares norteamericanos en Colombia me llevaron a brindarle mi apoyo sin restricciones a su candidatura.

Ahora que él se ha ganado en justa lid el derecho a llevar la camiseta de la candidatura liberal, debemos entregarle, con generosidad, un voto de confianza para que ejerza, hasta las elecciones presidenciales, la Jefatura del Partido. A partir de este momento él debe convertirse en el Jefe de Debate de todas las aspiraciones parlamentarias liberales; la

lucha por la renovación y purificación del Congreso de la República es la más importante tarea que tiene por delante la democracia de Colombia. Una democracia sin Congreso es una dictadura pero una democracia con un Congreso ilegítimo es una tragedia infinita. El liberalismo tiene que rescojer con lupa y pinzas quiénes serán sus próximos voceros en el Senado y la Cámara de Representantes, el país y el partido no nos perdonarían una equivocación en este sentido.

La gran tarea de recuperar las mayorías que me ha animado a venir a este Congreso no puede hacerse a costa de nuestros principios o de nuestra ideología. Después de la batalla de las elecciones presidenciales en las cuales estaremos sin ninguna duda, vendrá la otra gran batalla, la batalla por la refundación del liberalismo. Desde ya este Congreso debería convocar un Congreso Extraordinario Liberal para que, pasadas las elecciones, nos sentemos a hablar y a pensar en el futuro del liberalismo; y que lo hagamos sin prevenciones ni rencores partidistas. He conversado con algunos de los autores de la reforma de estatutos que está en el orden del día de este Congreso y se de la buena fe que los anima e inclusive de la necesidad de algunos de los cambios que ellos proponen; lo mejor es que alrededor de este tema tan sensible se produzca un consenso y espero, sinceramente, que el Jefe del Partido encuentre la manera de satisfacer la preocupación que tienen algunos congresistas de que la reforma se discuta y debata más ampliamente. La primera regla de la convivencia partidista es que en los temas de fondo no puede haber perdedores y ganadores.

Este Congreso debería ocuparse además de otras materias igualmente profundas. Hablar, por ejemplo, de estrategia y de ideología. El Congreso debe aprobar un mandato político que oriente al candidato Pardo en sus próximos acercamientos y acuerdos políticos teniendo en cuenta una premisa fundamental: solos no llegaremos. La propuesta de cerrar el partido con llave para que aquí no entre nadie ni siquiera de visita, de seguir invocando como santos de yeso en procesión a líderes liberales que se caracterizaron precisamente por haber sacudido el partido para revivirlo de catalepsias ideológicas y de reducir la actividad partidista a la representación de sus congresistas, puede terminar en un suicidio lento y definitivo del liberalismo. Lo primero es la reunificación liberal. El Partido no puede cerrar las puertas al regreso de quienes lo abandonaron; al contrario, debe ser proactivo en la búsqueda de la recomposición de sus mayorías partidistas. Debemos

facultar al Candidato y Jefe para realizar las gestiones necesarias que aseguren una reunificación liberal que yo veo venir más temprano que tarde.

Después vendrán los contactos con otros grupos políticos afines. Las coaliciones de partidos afines y de éstos con movimientos sociales está en el orden del día de todas las agendas políticas, empezando por la de América Latina donde, gracias a esta nueva dinámica, se están conformando en todas partes esas mayorías progresistas que reclamaba anoche el candidato de nuestro Partido. No nos engañemos, en América Latina se está cocinando, con todas las dificultades, un modelo social que nos gusta más que el modelo neoliberal del Consenso de Washington que tenía mucho más de Washington que de consenso. Aquí lo que hay no es la falsa disyuntiva entre chavismo o no chavismo como se ha presentado interesadamente en Colombia por quienes buscan, apelando a un falso nacionalismo, que terminemos todos apoyando el modelo de Uribe. No, lo que hay en el continente es una verdadera revolución socialista que reúne países tan disímiles como Brasil y Cuba. Si de lo que se trata es de conformar esa mayoría progresista que enfrente el proyecto de derecha uribista tendremos que buscar alianzas con otras fuerzas que estén transitando por el mismo camino.

Está claro que el Partido debe declararse en contra de la reelección por razones institucionales profundas. La reelección constituye una de las más serias amenazas que hoy enfrenta la democracia colombiana. La concentración y la permanencia del poder en unas solas manos atenta contra la alternación que es el oxígeno de la democracia y debilita la institucionalidad al personalizar el ejercicio del poder en una odiosa forma de autocratismo. Una nueva candidatura del Presidente Uribe deberíamos responderla, institucionalmente, decretando desde ya la abstención liberal en el referendo que la legitimaría y haciendo sentir, si la reforma pasa, nuestra voz de protesta a través del voto en blanco en las elecciones presidenciales. Una mayoría del voto en blanco obligaría, en los términos del Artículo 258 de la Constitución Nacional, a repetir las elecciones con nuevos candidatos.

En ausencia de la reelección de Uribe, el Partido debería buscar una coalición ideológica con pares y afines para la primera vuelta presidencial. Al liberalismo se lo han venido comiendo ideológicamente

en los últimos años el uribismo por la derecha y el polo por la izquierda. El liberalismo como ideología no nos sirve a menos que estemos de acuerdo con los modelos de derecha europeo que se declaran liberales en toda la línea; el liberalismo progresista, el que nos gusta, empezó a beber desde hace muchos años, como bien lo proponía Uribe, de las fuentes del socialismo. La respuesta a este desafío no es declararnos como una colectividad de centro y desaparecer como ha sucedido con todos los partidos de centro en el mundo, devorados por la inevitable polarización de fuerzas que es propia de toda confrontación política. Y como supongo que nuestro objetivo no es engrosar el proyecto de derecha formado alrededor del Presidente Uribe, lo que nos corresponde es movernos hacia la izquierda del centro político.

Quienes se han rasgado las vestiduras en estos días por esta propuesta olvidan que desde hace varios años el Partido Liberal se declaró socialdemócrata y que en esa misma condición entró a formar parte de la Internacional Socialista que es el sitio de encuentro de todos los partidos de izquierda democrática del mundo. Lo que no podemos es quedarnos con el frasco y la etiqueta socialista y asustarnos con el jarabe del socialismo. Lo digo claro y sonoramente: el Partido Liberal se vuelve socialista o dejará de ser; y es en esta condición, precisamente, que debería entenderse con otras fuerzas progresistas para conformar una gran alianza que se oponga al destino manifiesto de la derecha uribista.

Y para no caer en los lugares comunes de nuestra preocupación afectiva y retórica por los desvalidos o en las diferencias academicistas como los límites abstractos entre el mercado y el intervencionismo, deberíamos hacer un ejercicio de localización ideológica para saber dónde estamos en este momento parados y en qué consiste, concretamente, la propuesta socialdemócrata del liberalismo.

Más concretamente, este Congreso debería reflexionar sobre los contenidos de un manifiesto socialdemócrata liberal a partir de algunas negaciones y afirmaciones sobre temas que hoy están definiendo el espectro ideológico nacional.

Declarar por ejemplo:

Como socialdemócratas liberales no estamos con la desvalorización de la economía y la flexibilización laboral que acabaron con el trabajo digno, protegido, estable y productivo.

Como socialdemócratas liberales no estamos con las cooperativas de trabajo temporal que se han convertido en agencias de reclutamiento de trabajadores desesperados para evadir las prestaciones sociales y abaratar el costo de la mano de obra en función de mayores utilidades empresariales.

Como socialdemócratas liberales no estamos con los subsidios y exenciones fiscales que alimentan el modelo de agro ingreso seguro o “modelo Carimagua” basado en la empresarialización agrícola. Rechazamos enfáticamente la idea de un campo sin campesinos.

Como socialdemócratas liberales no estamos con las bases militares norteamericanas que comprometen la política exterior de Colombia colocándola al servicio de los intereses hemisféricos de los Estados Unidos y en contra de la cooperación regional con nuestros vecinos que ordena el Artículo 9º de la Constitución.

Como socialdemócratas liberales no estamos con el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos por el riesgo que conlleva para los intereses de los pequeños campesinos y microempresas urbanas, por sus altos costos fiscales y laborales, el tratamiento restrictivo de los migrantes y sus condicionamientos macroeconómicos lesivos.

Como socialdemócratas liberales sí estamos con la dosis personal para el consumo de drogas que separa al consumidor del vendedor y con la despenalización internacional como tratamiento al problema de las drogas en el mundo.

Como socialdemócratas liberales y pensando en las mujeres de Colombia sí estamos con el aborto por razones terapéuticas cuando esté en riesgo la vida de la madre, el embarazo sea el producto de una violación o sean evidentes malformaciones del niño que harían inviable su sobrevivencia inmediata; y con la

píldora del día siguiente y los matrimonios gay con derechos patrimoniales e hijos adoptivos.

Como socialdemócratas liberales sí estamos con la protección preferencial de todas las víctimas de la violencia, empezando por aquellas que lo han sido como resultado de acciones criminales de agentes del Estado.

Como socialdemócratas liberales sí estamos con la libertad de todos los cultos y religiones lo cual incluye su protección legal y fiscal de manera efectiva.

Como socialdemócratas liberales sí estamos a favor de la aplicación integral del Derecho Internacional Humanitario en medio de la guerra a través de la suscripción de acuerdos humanitarios orientados hacia la liberación de secuestrados, protección de escuelas y hospitales, desminados de los campos y exclusión de los niños y el medio ambiente del conflicto armado.

El mandato político que debe aprobar este Congreso para Rafael Pardo también tiene que ver con el fortalecimiento de la alianza del Partido con las organizaciones sociales. Es hora de que el liberalismo se vuelva a sintonizar, efectivamente, con estos actores sociales que están representando el sentimiento colectivo de cambio. Consecuente con ello, El Partido debería levantar la bandera de la defensa de los dos millones de desplazados por la violencia, la de los trabajadores informales urbanos, la de los tres millones de desocupados, la de los campesinos despojados de sus tierras, la de los indígenas atropellados y los negros del Pacífico abandonados. El liberalismo se debe oponer a la criminalización de la lucha social propia de un Estado represivo, la organización y representación de los intereses populares haciéndolos suyos.

Queridos jóvenes liberales: el futuro liberal que es de ustedes está en la calle, en los campos, en los inquilinatos, en los hogares de paso; no está en las reuniones cerradas, ni en los conclaves reaccionarios, ni en los perfumados recintos. Váyanse a la calle a hacer política y olvídense de las viejas disputas clientelistas.

A partir de este mandato político el Partido debe, entonces sí, abanderar, como lo ha propuesto con acierto el candidato Rafael Pardo, una Agenda Social para el siglo XXI que le permita al país superar esta condición paradójica de estar viviendo una situación de postconflicto sin que haya terminado el conflicto mismo. Cuando el propio gobierno insiste en que aquí no hay un conflicto sino una imprecisa y diabólica amenaza terrorista niega la existencia misma de las víctimas y la vigencia de las normas que los protegen. Quedan sometidos a la ley del sálvese quien pueda. Más de tres millones de colombianos, expulsados por la violencia rural, han comenzado a llegar a las ciudades en busca de protección y apoyo. Desplazados, desmovilizados, reinsertados, desertores, víctimas y victimarios cohabitan en las zonas marginales urbanas esperando una estrategia que los acoja, reintegre y proteja. Esa estrategia, la del postconflicto, debería ser bandera del liberalismo si queremos hablar de un mejor futuro

Un cambio de énfasis como este solo podrá financiarse planteando la reorientación del presupuesto que hoy financia la estrategia militar y que pasa del 6.3% del PIB. La guerra no solamente se gana con victorias militares, también se gana y se consolida con la apertura de espacios sociales que la legitimen. Como en el viejo dilema: estamos entre cañones o mantequilla. Por cuenta de esta situación, el país comienza a estar advertido de que la política de seguridad democrática está comenzando a resultar más costosa que sus propios beneficios; los aplazamientos en materia de inversión social, las violaciones sistemáticas de los derechos humanos en acciones bárbaras como los falsos positivos y el enajenamiento de la política exterior que ha llevado a la peligrosa internacionalización de nuestro conflicto interno dan buena cuenta de ello.

La estrategia del postconflicto, enmarcada dentro de la Agenda Social Liberal que propone Pardo, debería concentrarse en cuatro temas fundamentales: tierra, agua, alimentos y trabajo.

Desde la época lejana de nuestra independencia, cuando a los generales ganadores se les pagaron sus servicios con vastas extensiones de tierra convirtiéndolos en los primeros latifundistas de la Nueva Granada, hasta hoy cuando, como resultado de los procesos de concentración producidos por la acción del narcotráfico, el paramilitarismo, la guerrilla y la política oficial de empresarialización del

campo, el 0.6% de los propietarios son dueños del 53% de la tierra, la concentración de la propiedad rural sigue siendo la columna medular de la desigualdad social y la expresión de las distintas formas de violencia que nos agobian.

Con la notable excepción de la desamortización de bienes de manos muerta llevada a cabo en el siglo XIX por iniciativa del radicalismo liberal, no ha habido esfuerzos significativos por corregir esta diabólica tendencia a la concentración de la propiedad de la tierra. La tarea heroica de revertir esa tendencia y regresar a la utilización social de la tierra debe comprometer los mejores esfuerzos del liberalismo. Para conseguirla cuenta con instrumentos legales como la expropiación por vía administrativa, la extinción del dominio, la titularización social de predios, el impuesto de plusvalía.

Estrechamente ligado con el tema de las tierras está el fenómeno de la seguridad alimentaria. Cinco millones de colombianos atraviesan, como mil millones de personas en el mundo y cincuenta millones de América Latina, por unas difíciles condiciones alimentarias. Mientras que a comienzos de los años 90 producíamos el 90% de los alimentos, hoy estamos importando más de la mitad de las calorías que consumimos y no lo estamos haciendo a mejores precios.

La soberanía alimentaria no es una consigna vaga y populista. Todos los países del mundo se están preparando para evitar catastróficas hambrunas que podrían resultar de amenazas a la producción campesina de alimentos, deficiencias en los canales de distribución, bajos estándares de consumo infantil de alimentos proteícos, monopolios extranjeros de tierras, variedades transgénicas de alimentos “frankenstein” e inflación internacional del precio de los alimentos. El liberalismo, a través de una ley de seguridad alimentaria como la que existe en otros países, Brasil por ejemplo, debería liderar este gran desafío en Colombia.

Hermano gemelo del problema de los alimentos es el problema del agua, un bien público global que se está agotando a medida que el calentamiento global está haciendo estragos en el medio ambiente. Las estadísticas señalan que cada día son más frecuentes los conflictos en el mundo relacionados con disputas por fuentes de agua potable. Se acabaron los ciclos agrícolas, como decía un indígena en una reciente

cumbre: “el problema es que hoy llueve cuando se le da la gana”. Y nosotros, como región tropical, estamos en la lista de los posibles más afectados por el deshielo producido por el calentamiento, por las erupciones volcánicas y los vientos huracanados de una naturaleza que enardecimos los hombres con nuestras conductas ecocidas. Cuidar las fuentes de agua, asegurar su riego para el cultivo de alimentos, defender bosques y páramos como fábricas de agua, terminar la revolución del agua potable y la disposición de aguas negras, debería ser la bandera que le ofrezca el liberalismo a las nuevas generaciones de Colombia.

Finalmente este el tema doloroso del trabajo. Colombia tiene los más altos niveles de desempleo en América Latina solo superados en el hemisferio por los Estados Unidos. Más de dos millones y medio de personas sobreviven entre la pobreza y la indigencia; aunque los índices de pobreza han disminuido, el de los indigentes está creciendo; mientras tanto, se acentúa la brecha rural y urbana y el sector informal que es como el cuarto de San Alejo de la economía ya está llegando al 60% y las medidas sobre flexibilización laboral como las contenidas en la ley 789, incluidas las famosas cooperativas de trabajo, no han servido para generar más empleos sino más utilidades para las empresas; aquí lo que se ha creado es un ejército laboral de reserva, miles de desesperados y desamparados trabajadores que terminarán vendiendo su capacidad laboral por un pan, contratados por horas, sin la mas mínima protección social. Una cosa es tener un empleo y otra, muy distinta, una ocupación. El empleo es digno, la ocupación humillante. El liberalismo debería levantar la bandera del “trabajo digno” contra la ocupación degradante.

Señores Congresistas liberales. Me cupo el honor de haber sido el último Presidente elegido con los votos del liberalismo. Por ello, reivindico con orgullo como liberales las realizaciones conseguidas en medio de unas difíciles condiciones de gobernabilidad interna y externa que siempre pensé que tenían que ver con la urticaria ideológica que le producía a mis adversarios el modelo social de mi gobierno. Reivindico como liberal el SISBEN que le dio salud a más de diez millones de personas. Reivindico como liberal la RED DE SOLIDARIDAD que extendió sus beneficios a los ancianos y generó trabajo para los jóvenes en los municipios más pobres. Reivindico como libera El SALTO SOCIAL que duplicó en cuatro años la inversión social como

parte del PIB gracias a lo cual los maestros colombianos doblaron sus ingresos, los hospitales se mantuvieron siempre abiertos y la cobertura de agua potable pasó del 90%. Reivindico también como liberal el MINISTERIO LIBERAL DE LA CULTURA que nació para que tratáramos de vivir en la diversidad sin matarnos por nuestras diferencias. Como liberal, entendí que las palabras soberanía, igualdad, tolerancia, reconciliación y justicia no podían seguir siendo realidades quiméricas.

En todas estas empresas siempre conté con el apoyo incondicional de una persona que le devolvió vigencia al concepto de lealtad durante mi cuatrienio. Me refiero a Horacio Serpa Uribe. Si las mismas fuerzas que trataron de desestabilizar mi gobierno no se hubieran atravesado a las aspiraciones presidenciales de Serpa, si él hubiera llegado a la Presidencia para dar continuidad al proyecto del Poder Popular, estoy seguro de que este país sería más conviviente, más justo y más independiente.

Ahora le corresponde a usted, doctor Pardo, retomar esas mismas banderas, las banderas de la gente, que son y han sido por siempre y para siempre las nuestras, se las entregamos para que las lleve a buen puerto por el bien del Partido y de Colombia.

Buena suerte! Viva el Partido Liberal! Viva Colombia soberana!

Declaro formalmente instalado el congreso programático.

OOOOOOOOOOOOOOOO

Congreso del Partido Liberal. Bogotá, diciembre 12-13 de 2009.